

INFLUENCIA DEL AMBIENTE FISICO EN LA DISTRIBUCION DE CULTURAS (VALLE CALCHAQUI)

por

JOAQUIN FRENGUELLI

EN esta oportunidad mi propósito no es resolver problemas, sino sólo plantearlos. No he de esbozar tampoco la forma como el ambiente físico pudo influir sobre el desarrollo de las culturas primitivas de América, sino sólo insistir en la necesidad de estudiar, junto con los demás elementos de estas culturas y los factores que concurrieron a su formación y desarrollo, también el ambiente geográfico en que ellas se desarrollaron y cómo este medio pudo acelerar, retardar o de cualquier manera modificar el progreso de las asociaciones humanas antiguas de América a través del tiempo.

Bien conocida es la influencia de estos factores, especialmente las condiciones climáticas, la productividad del suelo y las posibilidades extractivas, sobre las mismas naciones modernas y el sello particular que a cada una ella confiere. Sabido es cómo la misma influencia actúa y actuó en grado mucho mayor sobre las poblaciones primitivas, cuyo estado de organización y de civilización no les permitió sustraerse al influjo de las acciones naturales con recursos adecuados o suficientes. Seguramente en mucho mayor grado ella debió manifestarse en nuestro ambiente, cuyas asociaciones humanas anteriores a la conquista indudablemente carecieron de muchos de aquellos arbitrios que a pueblos de otras partes del mundo permitieron alcanzar altos grados de industria y de cultura.

El estudio de cómo pudieron manifestarse estas influencias en las regiones montañosas del noroeste argentino, por ejemplo, sin duda podrá depararnos elementos de juicio importantes y la explicación de muchos hechos que permanecen aún dudosos o del todo incomprensibles.

Por de pronto, en estas regiones, cuyas manifestaciones culturales indígenas son harto conocidas, convendrá examinar prolijamente el carácter de los diferentes valles, en cuyo abrigo más intensamente se desarrolló la vida indígena prehispánica, y las particularidades morfológicas que distinguen cada uno de ellos y hasta las diferentes partes de los mismos.

Por lo que se refiere a su ambiente, en general hablamos de "valles andinos". Empezamos, por lo tanto, con un término que desde el punto de vista geográfico seguramente no es exacto. Evidentemente, aun si quedara definitivamente comprobado que sus pobladores formaron parte de las llamadas "culturas andinas" o con ellas estuvieron más o menos directamente vinculados, el ambiente geográfico en que ellos vivieron ciertamente no puede llamarse andino, ni participa de las condiciones geográficas que caracterizan una que otra de las diferentes secciones en que podemos dividir la inmensa cordillera de los Andes.

Sin duda, estos valles forman, por el contrario, uno de los rasgos más característicos del sector septentrional de aquel sistema montañoso peripampásico que Stelzner, en 1885, indicó como "Pampinen Sierren". Algunos de ellos son verdaderos valles, excavados por ríos en los flancos de la Puna, y constituyen fáciles vías de acceso, desde el altiplano, a las cuencas de la Prepuna y a las planicies del Chaco occidental. La mayor parte son, en cambio, bolsones más o menos amplios y alargados entre altos troncos de montaña. Los troncos de montaña, que con su elevado dorso chato y árido son pequeñas punas desprendidas de la masa del gran altiplano por el diastrofismo, caen al bajo con altas paredes abruptas desigualmente surcadas por cauces de torrentes y quebradas, a menudo atestadas de derrubios. Los bolsones son cuencas tectónicas, que se formaron por el hundimiento de bloques como aquellos que, en cambio, se levantaron en su derredor para erguirse como cintura de montaña periférica. Su amplio fondo chato conserva la forma originaria de la porción de penillanura hundida y hoy desaparecida debajo de la

pila de sedimentos detríticos que sobre ella se acumularon a medida que progresó su descenso. Salvo los casos en que ellos fueron capturados en épocas geológicamente reciente por un cauce capturador que, con erosión retrógrada, los ha alcanzado excavando profundas brechas a través de cordones orográficos, todos los bolsones son cuencas cerradas al desagüe oceánico.

Esta condición a considerarse es importante, por cuanto reduce cada bolsón a un ambiente propio y hasta cierto punto independiente, en cuanto a su evolución física y biológica, de los demás bolsones; independencia que alcanzó, y acaso en mayor grado todavía, la vida de las poblaciones indígenas que en ellos lograron fijarse. Sus altas paredes abruptas, que todo alrededor sólo dejan angostos pasos a alturas que a menudo pasan los 3500 metros, representan, en efecto, obstáculo serio a la libre expansión de elementos humanos o, por lo menos, limitan considerablemente el tránsito migratorio. En los mismos bolsones drenados, los cauces de brecha que los capturaron, generalmente son defiladeros o gargantas angostas, difíciles de salvar especialmente si se hubieran establecido en sus laderas o en los rincones de sus quebradas poblaciones hostiles.

Pero, los bolsones, además de ser ambiente de aislamiento, llevan en su mismo interior condiciones que pudieron actuar como causas eficientes de diferenciaciones en el desenvolvimiento de las culturas indígenas. Me refiero especialmente a la notable asimetría morfológica que afectan las laderas de sus cuencas, alcanzando grados máximos en los grandes bolsones, que se alargan como valles según el rumbo de los meridianos.

Estas asimetrías, mantenidas y aun progresivamente acrecentadas por las condiciones áridas o subáridas de la región, son esencialmente debidas a causas geomorfológicas. Los intensos empujes tectónicos que, desde el Oeste, transmitieron a los bloques montañosos las convulsiones orogénicas andinas, a mediados y en las postrimerías del Cenozoico, aplastaron y dislocaron hacia el Este la pila de sedimentos, a menudo de notable espesor, que se habían acumulado en el fondo descendente de las cuencas. Fué ésta, entonces, la causa prima de la asimetría: sobre las laderas occidentales del bolsón, hasta notable altura, se adosa-

ron espesas series de capas plegadas, en su máxima parte constituidas por arenas, arcillas y cenizas volcánicas cargadas de yeso y de otras sales estériles; sobre las laderas orientales, en cambio, siguieron acumulándose y extendiéndose hacia el fondo chato del valle los detritos de los faldeos y de los abanicos de los grandes conoides.

Su diferente exposición a los vientos húmedos, que bastante exhaustos sólo pueden llegarles desde el lejano Atlántico, completó la obra: las corrientes húmedas golpean las laderas occidentales, a barlovento, y allí se detienen, se elevan y se saturan en lluvias, especialmente estivales, que alimentan arroyos perennes; transponen, en cambio, las laderas orientales, a sotavento, y las dejan en sus condiciones de perenne aridez. A su vez, esta considerable desigualdad en la repartición de las aguas meteóricas determina entre ambas laderas diferencias profundas de orden morfológico y biológico.

En las laderas occidentales, desde grandes alturas, bajan con suave pendiente las superficies amplias de los conoides detríticos: arriba pedregosas y desnudas, más abajo revestidas de arenas y rodados que abrigan estepas de hierbas y arbustos, en el fondo hechas suelos arenosolimosos que alimentan bosquecillos de Acacias y Algarrobos. Los arroyos perennes riegan estas superficies, a veces con caudales abundantes, que a menudo, entre la masa de los detritos, se abren en numerosos brazos como en un sistema artificial de riego; a lo largo de su recorrido han esculpido terrazas muy aptas para pequeños cultivos; en los bajos se derraman para filtrar en el subsuelo o acumularse en estanques naturales.

En las laderas orientales, cunde, en cambio, el desierto y el *badland*. En el espesor de los sedimentos terciarios, las lluvias esporádicas han surcado un laberinto de cañadones profundos y torrenteras, y el viento ha modelado las rocas desnudas en un sinnúmero de formas arquitectónicas esbeltas y caprichosas, a veces arregladas como en ruinas de viejos castillos, otras caóticas. En los derrubios, en el lecho de los cauces secos, en los suelos salados de las "bajadas", sólo arraigan ralos arbustos halófilos.

Un ejemplo clásico lo tenemos en el Valle de Santa María, cuya importancia arqueológica es bien conocida. Hoy mismo, a las laderas

y las faldas de las Cumbres Calchaquí, áridas, sólo pobladas de ranchos muy ralmente esparcidos, cuyos pobladores seminómades viven pobremente criando pequeñas majadas de cabras o sirviendo a las vendimias y a las zafras en comarcas distantes, hacen violento contraste las laderas y las faldas de la Sierra del Cajón, que abrigan una población estable, reunida en pueblos y pequeñas ciudades prósperas, dedicada al cultivo de la viña, de la huerta y de industrias domésticas.

Aun más intenso debió ser el contraste en tiempos pretéritos. En las laderas occidentales, sobre la superficie de los conoides regados, que bajan de la Sierra del Cajón, vemos, en efecto, las ruinas de las grandes ciudades diaguitas y los famosos pucarás, admirables por su recia estructura; y, entre los escombros, adornos de latón y de oro, estatuitas en piedra, alfarerías de uso doméstico variadas en su forma y pintadas con esmero, entre ellas algunas con esmalte polícromo acaso importadas, y aquellas urnas funerarias para párvulos, de decoración “dracónica” y “santamariana”, que enriquecen nuestros museos.

En el lado opuesto, en cambio, a los pies de las Cumbres Calchaquí, en el tramo inferior de las quebradas áridas, sólo vestigios de raros “paraderos” superficiales, revelados por trozos esparcidos de alfarerías, en su mayor parte de pasta negra y de superficie grabada; y, en la parte alta de los cañadones, una que otra pared rocosa marcada con toscas pictografías.

Evidentemente, la comparación nos indica dos formas o por lo menos dos grados de cultura sensiblemente diferentes: el de las faldas de las Cumbres Calchaquí considerablemente rezagado con respecto al grado elevado de cultura alcanzado en las faldas de la Sierra del Cajón. ¿Cuáles son las causas de este notable contraste entre poblaciones de un mismo valle? ¿Se trata acaso de dos pueblos indígenas diferentes por edad y cultura que en épocas sucesivas han poblado el Valle de Santa María? O bien ¿los pobladores de las faldas de las Cumbres Calchaquí representan los sobrevivientes de una antigua población que fué rechazada hacia la zona árida por invasores más aventajados que se instalaron en la zona más fértil? O, en cambio, ¿las faldas de las Cumbres representaron el asilo de los individuos más ineptos y más indigentes de una misma población y de una misma cultura?

Es bien posible que se trate de un hecho análogo al que en la actualidad se desarrolla en el valle mismo y en cualquier parte fuera del valle, donde los elementos de inmigración reciente, más activos, más dinámicos, más industriosos y también más codiciosos, paulatinamente desplazan hacia zonas o comarcas menos aptas y menos fértiles el indígena y los antiguos mestizos.

El problema es interesante y bien vale la pena estudiarlo prolijamente. Pero, cualquiera sea su solución, parecería evidente que, en su ausencia, los factores climáticos han desempeñado un cargo importante; o, por lo menos, han tenido una participación considerable, que hasta pudo ser preponderante o decisiva en ambientes geográficos adversos a un rápido y exuberante progreso de la civilización, como lo son los áridos bolsones entre las altas montañas del Nordeste argentino.



a

Ladera occidental del Valle de Santa María. Gran conoide de deyección bajando de la Sierra del Cajón frente a Tolombón, diseminado de ruinas de antigua ciudad diaguita.



b

Ladera oriental del Valle de Santa María cerca de la Quebrada del Agua Negra. Sedimentos terciarios plegados y surcados por cañadones.



a

Entrada al pueblo de Cafayate, entre viñedos al pie de la Sierra del Cajón
(laderas occidentales del Valle de Santa María).



b

Faldas de las Cumbres Calchaquí sobre la ladera oriental del Valle de Santa
María. Bad-lands esculpidos sobre sedimentos yesíferos terciarios dislocados.



a

Cañadones en el fondo del Valle de Santa María, excavados entre montes de algarrobos frente a la Sierra del Cajón entre la Banda de Tolombón y el bajo de Las Arcas.



b

Detalle de las ruinas de la antigua ciudad indígena de Tolombón al pie de la gran Sierra del Cajón.